

Carta al Editor

C. Mayor M. C. José de Jesús Almanza Muñoz
 Editor
 Revista de Sanidad Militar
 Apartado Postal 10-1166
 11649 México, D. F.

Distinguido señor editor:

Muy interesante me pareció el artículo titulado “La desintegración del aprendizaje de las ciencias básicas y la medicina clínica”,¹ publicado en su prestigiada revista por el doctor Alberto Lifshitz, a quien tuve oportunidad de conocer en una reunión auspiciada por la Asociación Nacional de Facultades y Escuelas de Medicina para profesores de Farmacología donde nos fue presentado un libro de Terapéutica Farmacológica del cual él es coautor y coordinador de la parte clínica precisamente, lo que demuestra su amplia experiencia y conocimiento de esta separación, dicho artículo sé que despertará muchos comentarios de parte de autoridades reconocidas en la educación médica y que éstos serán para bien de nuestra profesión, yo como “sanador” de corazón me permito hacer el siguiente comentario.

Todo sistema de formación profesional debe tener adaptados a sus objetivos, métodos y contenidos acordes a la realidad que va a acoger a sus discentes. La profesión médica debe evolucionar en el mismo sentido, de acuerdo con los cambios científicos, tecnológicos, sociodemográficos, estructurales de organización y del rol profesional de su entorno social. De esta manera, se puede dar respuesta a las necesidades cambiantes de la sociedad y poder cumplir así la misión de servicio, ya que “El hombre no vive únicamente su vida personal como individuo, sino que también consciente o inconscientemente participa de la de su época y de la de sus contemporáneos”.²

En el ejercicio de la profesión médica aunque el conocimiento obtenido a nuestro paso por las aulas, salas del hospital, laboratorios, quirófanos, etc., es esencial, no basta sólo con éste para poder hacer frente a nuestro quehacer médico, es necesario también saber utilizar el conocimiento disponible y muy frecuentemente decidir y adoptar medidas que pueden afectar a la salud o la vida de nuestros semejantes y al funcionamiento de los mecanismos sociales aun en ausencia de conocimientos completos, en la adopción de estas decisiones los médicos hemos de intervenir o dejarnos llevar por nuestras intuiciones y, sobre todo, por los juicios y escalas de valores aprendidas a nuestro paso por la Escuela de Medicina (¿Ciencia y Arte?).

Creo que independientemente de la importancia que cada facultad confiera a los elementos clásicos del sistema de enseñanza, magníficamente analizados por el artículo referido, es imperativo que nuestros estudiantes aprendan en la facultad los principios, los valores y la Filosofía que impregnan el modo particular del ejercicio de su profesión en una sociedad y época histórica determinadas. Como lo expresara Don Miguel de Unamuno: “El hombre y su circunstancia”, este tipo de formación no limitada a ser científica, técnica o clínica sino de base cultural y genuinamente universitaria se debe mantener no sólo porque nos vincula a las distintas corrientes del pensamiento, sino porque confiere a nuestra formación bases de idealismo, que bien comprendido puede ayudar al estudiante y futuro médico a combatir las plagas del mercantilismo, la falta de ética y la corrupción que afectan a nuestras sociedades.

Los médicos debemos conservar hacia la humanidad enferma la consideración y reverencia debidas, en un medio que se rige por criterios cuantitativos, económicos y políticos muy alejados generalmente de lo personal. Misión ardua la de nuestras escuelas y facultades de Medicina formar e instruir a los estudiantes en la creencia de que la Medicina antes que una ciencia (pero nunca alejada de ésta) y un medio de ganarse la vida, es una profesión de servicio para el hombre, de su dignidad y de su libertad.

Necesitamos profesores interesados por algo más que su prestigio personal, sino también por su profesionalización que implica formación como docente además de atracción vocacional. Debemos luchar por lograr poner en primer término al individuo con todas sus necesidades por encima de los intereses políticos, económicos y sociales llámense éstos como se llamen para así alejar el fantasma de la deshumanización de la medicina, término con el que se conoce a esa serie de conceptos abstractos de números y coeficientes, intervenciones, consultas, tiempos de hospitalización, listas de espera, productividad, índice de ocupación, nivel de asistencia y otros. Nunca olvidemos las palabras de Abrahán Flexner, quien nos enseñó que el conocimiento científico y la formación clínica considerados por él mismo como pilares básicos de la enseñanza de pregrado, no agotan el conjunto de funciones inherentes a nuestra profesión, esto lo expresó en los últimos párrafos de su informe de 1910 a la fundación Carnegie que dice: “El conocimiento científico ha modificado grandemente

la responsabilidad ética de los médicos. Aunque su relación con los pacientes y sus familiares es eminentemente clínica, su función está adquiriendo un papel creciente en los ámbitos preventivo y social, complementario con el individual y curativo que desde siempre ha caracterizado su misión. La sociedad confía cada vez más en los médicos y espera que las medidas adoptadas por ellos sirvan para prevenir la enfermedad y promover el bienestar físico y moral de los seres humanos. Ni qué decir tiene –termina diciendo Flexner– que el perfil del médico a que me refiero es, sobre todo, el de un hombre educado”.³

Tte. Cor. M.C. Jorge Luis Díaz Alday.

Pediatra. M. en Ciencias Médicas. Adscrito a la planta de la Enfermería Militar Cd. Ixtpec, Oaxaca. Ex profesor titular de Farmacología, Escuela de Medicina Universidad del Noreste. Tampico, Tamps.

Ex profesor titular de Metodología de la Investigación en postgrado, Facultad de Medicina. Universidad Autónoma de Tamaulipas.

Ex revisor externo de la Revista Médica del Hospital Infantil de Cd. Victoria, Tamaulipas.

Bibliografía

1. Lifshitz A, Mercado Coria A, Polo Soto S. La desintegración del aprendizaje de las ciencias básicas y la medicina clínica. *Rev Sand Milit Mex* 2003; 57(1): 22-6.
2. Mann Thomas. La Montaña Mágica. Edit. Plaza & Janes. 1993; p. 52.
3. Flexner A. Medical Education in the United States and Canada. A report to the Carnegie Foundation. New York, 1910.